

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 30 noviembre 2011

Texto de referencia: El sentido religioso, capítulo XII, *Encuentro*, Madrid 2008, pp. 173-179.

- *L'uomo cattivo*
- *Amazing grace*

El capítulo sobre el que hemos trabajado se titula: «La aventura de la interpretación». Habíamos quedado en mirar qué experiencia de libertad hemos hecho.

Desde que me jubilé, estoy haciendo la caritativa casi a tiempo completo en el Banco de Alimentos. En la Colecta que hicimos el sábado pasado, estuve recorriendo algunos supermercados para ver los rostros de la gente y escuchar sus testimonios, y luego estuve en el supermercado de Rho con los chicos del CLU, los presos, y un grupo de refugiados africanos; muchas historias de fiesta y gran alegría en las que se comparte el hecho de donar. Ya fuera poco o mucho, para todos ha sido posible donar pequeñas cosas, tiempo, amistad. Una madre vino a celebrar su cumpleaños llevando a la Colecta a sus amigos; el obispo de una gran ciudad, que estaba de visita, se hizo con un montón de bolsas y las repartió él mismo en la puerta del supermercado; mis nietos estuvieron mucho tiempo clasificando los productos. Todos percibían una medida distinta, una tarea distinta dentro del mismo acto, y con la intuición, al menos en principio, de las mismas razones. A la mañana siguiente, un amigo nuestro que, como nosotros, había trabajado como voluntario en la Colecta, sufrió una hemorragia cerebral. Todavía está ingresado en estado grave en el hospital. Todos rezamos por él y estamos con sus familiares. Este paso brusco, en pocas horas, me ha hecho evidente dos cosas. Primero: la Colecta es ciertamente una experiencia de pueblo, pero el modo de vivirla hasta el fondo no puede dejar de ser algo totalmente personal, según las reglas establecidas (das el folleto, rellenas la caja, pegas las etiquetas), que se convierten en seguida para mí en un empujón para vivir esta ocasión, para hacer bien lo que me piden, y para juzgar cómo respondo yo, con qué libertad respondo. Segundo: las cuentas de tu ser frente al Misterio las haces de verdad cuando comprendes que no se te ahorra la fatiga y tampoco el dolor, pero que puedes ser ayudado a interpretarlo. De este modo, las razones de la relación con tu mujer, con tus hijos, con tus amigos, no dependen del humor, y la experiencia de la Colecta no se detiene en el resultado técnico. Sólo de este modo vale la pena desgastarse por la serenidad en la familia y por recoger más toneladas de alimentos y ponerlos en orden. Por eso ayer se renovó en mí el agradecimiento grande por la compañía que el movimiento supone para mi corazón y mi razón, y que desde hace años nos educa en esta interpretación (pienso en el juicio sobre la crisis y en la insistencia en los gestos actuales de caritativa). De este modo, nos encontramos solos frente a la fiesta de la Colecta o frente al dolor de la enfermedad, entusiasmados o aterrados, pero siempre rodeados de razones y de esperanza. Y así aparecen casi idénticas en sus distintos ámbitos, por un lado, las diez

líneas del folleto de la Colecta, en el que este año, por primera vez, hemos puesto el nombre de Cristo, y por otro, el Rosario por nuestro amigo recitado todas las tardes. Es distinta la provocación de la circunstancia, pero el hilo de lo que encuentras es idéntico. Quisiera decir, y lo digo con un cierto temor, que verdaderamente nada puede asustarme si estoy siempre presente con toda mi persona en esta fiel e incansable amistad.

Gracias. Esta es la ayuda que nos ofrece el Misterio presente en medio de nosotros para educarnos en un uso abierto de la razón. ¡Quién habría pensado que, a través de un gesto de educación en la caridad, es decir, en esta necesidad ilimitada que somos, habría podido experimentar enseguida que este gesto sirve para afrontar la enfermedad del amigo! Lo que proponemos no son gestos sin nexos; nos educan para vivir los desafíos de la vida. Y cada uno, ante estos desafíos, verifica si ha estado en los gestos que se han propuesto de forma verdaderamente personal, que no quiere decir de forma aislada, sino dentro de un pueblo.

Esta semana he tratado de responder a tu pregunta de cuándo hemos hecho experiencia de ser libres. Y el único ejemplo que he encontrado ha sido éste: un día en el trabajo estuve asistiendo a un paciente mío que había estado enfermo durante muchísimo tiempo, y me implicué en ello totalmente. En un momento dado, los últimos diez minutos, entró en la habitación una colega y lo único que hizo es pasarme una jeringuilla; salió de la habitación y allí se encontró con los familiares, a los que contó brevemente como iban las cosas, cómo estaba el enfermo, qué habíamos hecho. Los familiares le dijeron (casi se arrodillaban a sus pies): «Te agradecemos muchísimo lo que has hecho, eres un sol», y durante toda la mañana estuvieron pendientes de sus palabras. Cuando vi esta escena me quedé helada, y pensé: he estado toda la mañana con este paciente, llega ella los últimos diez minutos y se lleva todo el mérito. Me sentí fatal. En las horas que han pasado desde ese momento hasta el final del turno estaba de mal café, miraba todo con acidez, hasta el punto de que hasta mi compañera me dijo: «Oye, ¿qué te pasa?». El hecho es que salí de allí al terminar mi turno, me monté en el coche y me dije: «¿Cuál es el problema?». Me quedé impresionada, porque me dije a mí misma: el problema es que necesito ser afirmada, gratificada, reconocida. Recorriendo en unos instantes lo que había sucedido aquella mañana, llegué a decir: en mi experiencia, ¿qué hace que me sienta afirmada, querida y gratificada? Pues bien, mientras tenía estos pensamientos, solo por el hecho de plantear este juicio sobre cuáles eran los momentos en los que verdaderamente me sentía afirmada, querida y gratificada, se abrió ante mí una perspectiva completamente distinta que me hizo respirar. En ese instante me vi cambiada, me sentía de nuevo yo misma, después de una mañana en que casi me costaba reconocerme. Creo que esto tiene que ver lo que nos decías la última vez sobre la verdadera naturaleza de la razón, que es apertura a la totalidad. Me he visto empujada a dar este juicio –podía arrastrarme así, pero era insostenible, ¡no me aguantaba a mí misma!–, y plantearme estas preguntas me ha cambiado inmediatamente. ¿Qué me llevo a casa de este episodio? Que, durante una mañana entera, he esperado que una gota apagase mi sed, y esto me ha hecho estar atravesada –cuántas veces me pasa esto, un montón; si pienso en mis días, están llenos

de ejemplos así—. Hasta que ha llegado un punto que me ha liberado. Entonces tengo una pregunta que hacerte. En la página 175, don Giussani pone el ejemplo de la penumbra: oscuridad sin sentido o vestíbulo de la luz. Y dice: «Esta diversidad de posturas procede exclusivamente de una opción». Y más adelante: «El hombre, en efecto, afirma con su libertad lo que ya ha decidido de antemano desde un recóndito punto de partida. La libertad no se demuestra tanto en el momento llamativo de la elección; la libertad se pone en juego más bien en el primer y sutilísimo amanecer del impacto de la conciencia humana con el mundo». Cuando he leído esta frase, me he dicho: necesito comprender este recóndito punto de partida, porque si de él depende que yo, entre otras cosas, diga la verdad, quiero saber qué es.

Quería insistir en esto porque lo que cuentas expresa muy bien qué tipo de novedad supone el trabajo que nos propone don Giussani. Te pasaste toda la mañana bloqueada porque no se había cumplido tu deseo de ser afirmada (peor aún: ¡el mérito se lo llevaba otra!). Y esto nos llega a bloquear durante horas o semanas. Pero lo que más impresiona es que para salir de esta situación no ha hecho falta que le sucediera nada extraordinario, no ha tenido que esperar no sé qué contra-hecho potente que le hiciera cambiar con respecto a lo que había sido la mañana en el trabajo. No, sencillamente ha usado la razón según su naturaleza, ¡y esto es mucho más extraordinario que cualquier otra cosa! ¿Por qué? Porque Cristo ha venido para educarnos, y así nosotros, usando la razón de este modo, podamos salir de nuestro bloqueo en cualquier momento. Este es el verdadero don que nos trae la fe: despertar nuestra razón y permitirnos mirar la realidad según su naturaleza. Esto es lo que nos cambia, lo que nos libera, no debemos esperar el pim-pam-pum de las circunstancias. Sencillamente sucede. ¿Cuándo? Cuando empiezo a ser yo mismo, es decir, cuando yo, al no poder soportar una cierta situación, empiezo a blandir la razón. Este es el mayor milagro: «Mira que Yo te hago nuevo, Yo te hago distinto porque tú no tienes que esperar no sé qué cosa. Si Me sigues, esta experiencia de razón y de libertad podrá estar al alcance de tu mano en cualquier circunstancia». Cuando Giussani nos dice que no esperemos un milagro, sino un camino, también se refiere a esto: que yo tengo cada vez más la posibilidad de ser una criatura nueva, con un conocimiento nuevo de la realidad que no se bloquea en la mentira (porque es una mentira creer que recibir el agradecimiento de los familiares de un enfermo al que cuidas resuelve el problema del deseo de ser afirmada). La verdadera revolución es la generación de un sujeto distinto que se sitúa ante la realidad de forma distinta. Con los mismos ingredientes que todos –razón y libertad–, uno ya no vive de forma positivista ahogándose en la realidad, sino que respira a pleno pulmón. Y cuando nos sucede esto, nos quedamos tan asombrados que no nos lo podemos creer, pues no nos resulta familiar. Porque a nosotros –reconozcámoslo–, lo que nos resulta más familiar es quedarnos bloqueados durante semanas enteras, hasta que se debilita el enfado y termina desapareciendo, o hasta que sucede algo que nos hace movernos otra vez. Pero que yo pueda tener en mi mano el instrumento para volver a empezar es otra cosa, esto es lo que nos ha traído Cristo, despertando de esta forma un sujeto capaz de vivir la realidad de forma distinta.

Justo después de lo que acabamos de leer, dice Giussani en el texto: «He aquí la alternativa en que el hombre casi insensiblemente se la juega: o caminas por la realidad abierto a ella de par el par, con los ojos asombrados de un niño [...] o te pones ante la realidad en una actitud defensiva, con el brazo delante del rostro para evitar golpes desagradables o inesperados». Con respecto a esto, quería poner un ejemplo. Ayer me encontré con una persona que en las semanas precedentes me había herido mucho, por lo que me puse enseguida en una posición defensiva, como si me estuviese tapando la cara con el brazo. Luego estuve con una persona de la que no sabía nada, a la que apenas conocía. Hablé con ella un rato largo, con una posición de apertura total, con los ojos llenos de asombro, con la curiosidad de conocerla mejor. Volviendo a pensar en estos dos hechos, me di cuenta de que asumir una actitud u otra, es decir, que mi libertad se mueva en un sentido u otro, es también consecuencia de un juicio que he dado sobre los hechos que han sucedido. Después de leer este texto de Giussani, me doy cuenta de que percibo que la experiencia no da igual, es decir, comprendo que para mí es mejor que las cosas vayan de una determinada manera. Volviendo al ejemplo de la persona que me ha precedido, si uno reconoce una cosa que ha hecho es mejor que si no la reconoce. Sin embargo, volviendo a pensar en lo que me sucedió ayer, había algo que no me cuadraba, y lo que no me cuadraba era el hecho de que yo, aun estando en una posición de defensa justa, no era yo misma. Entonces he pensado que tenía que recuperar lo que es la libertad, y he ido a leer lo que dice Giussani en el capítulo octavo de El sentido religioso sobre la libertad, en la página 128: «Pero no se trata solo de ser libre un fin de semana, o una tarde [...], sino siempre: se trata de ser libre, libre, es decir, de gozar la libertad, no de un momento de libertad [...]. La plena realización de uno mismo: esto es la libertad». Es decir: es verdad que si sucede una cosa en vez de otra, esto me da una satisfacción, por tanto me hace ser libre, aunque no libre-libre. Más adelante dice: «Solo en un caso este punto que es el hombre individual y concreto sería libre de todo el mundo, libre [...]: si se supone que ese punto no está constituido solo por la biología de su madre y de su padre [...], sino que está en relación directa con el infinito». Al releer estos dos puntos me he quedado completamente deslumbrada, porque he comprendido qué era lo que no me cuadraba: que es verdad que mi libertad se ha movido como consecuencia de un juicio, pero de un juicio parcial, porque lo que decía de esa persona no es todo lo que esa persona es. Al volver al trabajo esta mañana, me he vuelto a topar con esa persona, y me he vuelto a encontrar en una posición defensiva, olvidando completamente todo el recorrido que hice ayer. Me doy cuenta que no doy prioridad a esta definición de libertad que nos enseña Giussani.

Es muy interesante lo que acaba de decir, porque es verdad que es un juicio; pero el problema es: cuando decimos: «Libertad», ¿qué estamos diciendo? Si Giussani dice que solo en un caso el hombre es libre, es decir, cuando es relación directa con el infinito, ¿qué quiere decir? Si el hombre es tan solo una pieza del mecanismo de las circunstancias, nosotros dependemos de cómo vayan las cosas; cuando alguien nos alaba, nos alegramos, y cuando no lo hace nos hundimos, como todos. ¿Qué novedad hay en esto? Ninguna. ¿Es esto la libertad? No, esto sería una libertad a ratos: cuando se cumplen más o menos nuestros sueños, entonces somos libres; y cuando no, nos

enfadamos. Pero dice Giussani que lo que deseamos como libertad, es decir, como satisfacción, no es solo para un momento, sino para siempre. Esto se ve cuando nos encontramos delante de alguien del que nos defendemos, o cuando alguien nos hiere. La libertad es un bien muy escaso si dependemos, como todos, del flujo de las circunstancias: cuando las cosas van bien, estamos contentos; cuando las cosas van mal, nos hundimos. Lógico. Pero, ¿quién dice que la libertad es otra cosa, quién dice que la libertad es relación directa con el Misterio? ¿Cuál es el error que debemos desenmascarar? No se trata solo de que miro al otro de forma parcial, sino de que, en primer lugar, me miro a mí mismo de forma parcial. Porque si yo me doy cuenta de que soy relación con el Misterio, y que esto me hace libre y me satisface, entonces, como ya tengo un anticipo de esta satisfacción, puedo ser libre de que alguien me conceda las migajas que caen de su mesa. Si no estoy en este nivel de libertad como experiencia, dependo como todos de las migajas, y entonces hablar de libertad resulta patético. Por eso, o dependemos de Dios y entonces somos libres de cualquier circunstancia, o no dependemos de Dios y entonces somos esclavos de cualquier circunstancia. Sin esta relación única con el Misterio, que es el único que satisface verdaderamente, no existe libertad. Y entonces, aunque el día anterior hayamos comprendido, al día siguiente nos encontramos tan cerrados como antes, a la defensiva, porque solo una experiencia de satisfacción puede ofrecerme un punto de partida distinto. Me acuerdo mucho en este tiempo de la ternura que tiene Jesús cuando los discípulos vuelven de la misión a la que les ha mandado; los discípulos estaban "emocionados": un gran éxito, hasta los demonios eran derrotados, expulsados. Y Jesús les mira, atravesando su humanidad: «Pero amigos, no os alegréis por esto, porque esto no os servirá para levantaros mañana [no es que hubieran robado, o que hubieran estado en la discoteca, no, habían ido de misión de Su parte]. Alegraos más bien porque vuestros nombres están escritos en el Cielo, es decir, porque habéis sido elegidos, porque participáis conmigo en esa relación que es la única que satisface». Pero como no comprendemos esto –que hemos sido elegidos–, entonces dependemos de las migajas del éxito. Qué experiencia debía vivir Jesús para poder decir: «Mirad que el verdadero don, que el verdadero bien, que lo que verdaderamente corresponde es que sois Míos, que habéis sido elegidos». Y sin embargo, para nosotros son solo como las palabras de un hombre sabio que dice cosas sabias, no conseguimos comprender el alcance de su mirada, una mirada que tiene más verdad sobre el hombre que miles de libros en una biblioteca. Sin esto no podemos tener esa experiencia de libertad que nos hace verdaderamente distintos, abiertos, aunque alguien nos haya tratado mal, porque no dependemos de eso. La nuestra no debe ser una reacción distinta; ¡se trata de un punto de partida original! ¿Acaso porque somos más capaces? No, porque este punto de partida completamente gratuito depende de la relación que Cristo tiene con nuestra nada (justamente porque no estamos a la altura). ¿Por qué podemos tener nosotros este punto de partida completamente abierto, distinto? Recordad lo que dijimos el 26 de enero: estamos haciendo este recorrido desde dentro de la fe. Entonces hagamos la prueba: la experiencia que vivimos en el cristianismo, ¿nos hace verdaderamente libres y abiertos a la realidad, o es como si no hubiese sucedido nada y nos encontrásemos ante la realidad como todos? ¿Tenemos los ojos llenos de asombro, como Juan y Andrés, o no? Porque ahí se encierra toda la razón. Y

esto nos hace darnos cuenta de que el recorrido que estamos haciendo es lo más conveniente, porque poco a poco hará que se vuelva familiar en nosotros esta experiencia como forma habitual de estar ante la realidad. A propósito de esto, quiero añadir una cosa leyendo una carta: “Me impresiona que don Giussani diga, por un lado, que la naturaleza de la razón obliga a la razón misma a admitir la existencia de algo, de un *quid*. Pero si la razón se ve obligada a reconocer, ¿para qué hace falta la libertad?”. Parecería que se trata de algo que, por la dinámica misma de la razón, deja fuera la libertad. Pero don Giussani dice: el mundo demuestra Otra cosa distinta del mismo modo que un signo demuestra aquello de lo que es signo. Y esto introduce un drama, porque es verdad que es absolutamente evidente como signo, pero el signo me remite inmediatamente más allá, me remite a un Tú supremo. Y esto no sucede de forma mecánica. Por tanto, por un lado, la razón reconoce el signo de forma inmediata pero, por otro lado, justamente por la naturaleza del signo, se introduce un drama en el que la libertad debe ponerse en juego para reconocer a este Tú. Y esto se ve muchas veces en la dificultad que experimentamos –y que se pone de manifiesto en ciertas cartas que me mandáis–, por ejemplo, con respecto a la afirmación de que la realidad es positiva. He aquí una: «Estaba hablando con un amigo mío que está atravesando una situación difícil, le di el manifiesto y después de un rato me dijo: Dices esto porque no te toca mucho la dificultad. Esto me obligó a estar con la boca cerrada, y pensé: “Hay conversaciones en las que lo único que puede convencer es el testimonio, lo único”. Y luego pensaba: cuando me digo a mí mismo, ante las pruebas que me pone la vida, que la realidad, aunque no sea agradable, es siempre positiva, lo hago con la boca pequeña. Esta es la razón por la que, ante la prueba de los demás, mucho más dramática que la crisis, no tengo el valor de decírselo a los que se ven afectados por ella, sobre todo si no son creyentes, porque pienso: para nosotros, creyentes, las pruebas duras son imitaciones de Cristo sobre la cruz, porque sabemos que después está la Resurrección, que Dios no permite nunca pruebas superiores a nuestras fuerzas. Pero decirlo a alguien que no cree no es fácil. Con respecto a esta dificultad, tengo algunas preguntas. ¿Cómo evitar que sean percibidas por los que no creen como un “preconcepto religioso”, una “interpretación católica” o un “esfuerzo voluntarista de auto-convicción”?». Que la realidad es positiva, entonces, ¿es solo un preconcepto nuestro? ¿Es una interpretación católica de la realidad? ¿O depende, como hemos dicho, de un uso de la razón en el sentido verdadero del término? Yo me pregunto: si nosotros decimos, según el ejemplo de las flores que pone Giussani, que el hecho de que estén las flores sobre mi mesa remite a alguien que las ha puesto ahí, ¿se trata acaso esto de una interpretación católica? ¿Es un preconcepto religioso? ¿O es más bien que por la naturaleza misma del signo, las flores remiten a otra cosa? Si lo que estamos haciendo con este recorrido es solo para auto-convencernos más de nuestra interpretación –llamémoslo así– ideológica y no de la verdad de las cosas, en vez de abrirnos a todos, al final estaremos cada vez más cerrados. Porque, al final, ¿con quién podemos hablar? Solo con los de nuestra “cuerda”. ¡Enhorabuena! Pero justamente es lo contrario, porque solamente un uso verdadero de la razón nos permite hablar con todos. Piero Sansonetti, periodista de formación comunista, dice esto de nuestro manifiesto sobre la crisis: «Es un documento serio, que contiene una idea política fuerte. Vuelve a abrir el corazón y el debate». Lo

dice de nuestro manifiesto, que no creo que sea ambiguo. Ve en el manifiesto de CL sobre la crisis una vuelta a la «verdadera lucha política», que se hace sobre las ideas. «La Segunda República ha visto la ausencia del pensamiento católico y el daño es grave cuando –en un país en el que tiene un peso enorme– el catolicismo es expulsado: la política ha sido reducida a posicionamiento, uno de los defectos fundamentales del bipolarismo. En cambio, este documento vuelve a poner sobre la mesa un componente importante, y lo hace sobre los contenidos, sobre una idea de sociedad». Es decir, cuando aportamos razones, como hemos visto con Sapelli y Campiglio en Milán, y con Polito e Israel en Roma, como vemos con Sansonetti, no nos quedamos reducidos a nuestro “cortijo”, y es esto precisamente lo que nos permite hablar con todos. Y los demás comprenden mejor que nosotros el alcance de lo que tenemos. Pero pensamos que se trata de un preconceito religioso, de una interpretación católica, y decimos: «Los demás no están preparados para comprenderlo», y entonces establecemos una “mediación” para adecuar lo que, en nuestra opinión, deberían comprender. ¡Pero esto es el final de la misión, el final del testimonio cristiano! Esto es lo que ha bloqueado cierta pastoral: todos deben prepararse antes de que suceda el encuentro. Y don Giussani nos ha liberado de esto, porque afirma: todos tienen la posibilidad de reconocer el cristianismo porque tienen el corazón, y por tanto el instrumento dado por Dios para reconocer la verdad. No hace falta ninguna mediación. Y si nosotros reducimos la propuesta porque pensamos que se trata sólo de una interpretación católica, ¡nosotros somos el problema, no la solución! Pero esto no es laicidad, sino clericalismo puro. Nosotros medimos en contra de lo que dice don Giussani, es decir, que el yo es relación directa con el Misterio. Esto es lo que debemos favorecer. Pero una y otra vez insistimos en otra cosa, como se ve en la continuación de la carta que os leía: «¿Qué significa [es la segunda pregunta] esta resistencia mía a decírselo a todos? ¿Que no estoy suficientemente seguro de la posibilidad que ofrece a todos la realidad? Y si no tengo valor para decírselo a todos, ¿es un problema de poca fe o de poca razón?». Que se responda él mismo. ¿Por qué no tengo la libertad de decirlo? Para decir algo de lo que uno está seguro, ¿necesita algo en particular? Sencillamente lo dice, lo comparte. Cuando tenemos esa apertura en la que nos educa la Escuela de comunidad, mirad lo que sucede: «Estoy viviendo una situación difícil. A mi mujer le han diagnosticado un melanoma en la piel, un tumor maligno que los médicos dicen que afortunadamente ha sido detectado a tiempo. No voy a contarte todos los detalles técnicos, pero puedo decirte que ha sido un golpe tremendo para mí, pero sobre todo para ella. Sin embargo hoy, un mes después del diagnóstico, puedo decir que esta circunstancia difícil ha marcado, ha requerido, ha supuesto un cambio en mí y en mi mujer. Puedo decir con lucidez que desde ese día muchas cosas han cambiado. La relación con mi mujer se ha vuelto más esencial, menos banal y más exigente. Ella necesita tener hoy ante sí a un hombre que no esté asustado, y yo el día del diagnóstico estaba destrozado. ¿Cómo puedo ayudar a mi mujer? Esta es la pregunta que desde el principio he sentido con urgencia y que me ha hecho moverme, pedir, buscar cada día gente como los amigos, que han traído a mis ojos una esperanza que no tengo. Mi mujer ha cambiado. Dos semanas antes del diagnóstico, me dijo mientras íbamos en el coche que el movimiento le daba igual, que no había nadie que le impresionara especialmente, que no veía nadie a

quien seguir; en resumen, la vida marcha bien incluso sin el movimiento. En la tarde del diagnóstico fue tan dolorosa nuestra soledad que ella, desde ese día, me pide siempre que no estemos solos; de forma banal, me dice que busquemos gente positiva. Lo mismo con respecto a tu Escuela de comunidad: había sido siempre como ir al cine; hoy se ha convertido en un momento que nos habla, que tiene que ver con nosotros y que nos interroga. ¿Podemos decir que la realidad es positiva incluso en la enfermedad? Hace dos noches me dijo ella en la cama: “Espero que nada vuelva a la normalidad”. ¡Ella, enferma con un tumor! Este ha sido el gran descubrimiento, la gran novedad que estoy experimentando hoy. Jamás he deseado nada de esto, pero debo admitir que nada, hasta hoy, ha tenido la fuerza de hacer mi vida más “vida”. Entiendo que no puedo considerar esto como un infortunio. ¿Cómo puedo decir que es un infortunio si hace más verdadero mi matrimonio? ¿Cómo puedo decir que es una desgracia si tiene la fuerza para cambiar a mi mujer? ¿Cómo puedo decir que es una desgracia si todo lo que siempre he sabido –pero no creído– estando en el movimiento se está convirtiendo hoy en experiencia para mí?». ¿Quién descubre esto? Lo descubre quien tiene este punto de partida, quien está abierto a que a través de la realidad pueda entender algo que antes no entendía. Es lo que dice también la última carta con un ejemplo muy sencillo: «Te escribo porque, trabajando la Escuela de comunidad y viviendo, ha surgido la pregunta que nos has hecho: ¿qué experiencia hacemos de la libertad? Voy a tratar de contarte lo que me sucede a veces. El viernes pasado tenía un buen resfriado, el comienzo de una gripe que, unido al cansancio de toda la semana, fue la excusa perfecta para que se me metiese en la cabeza la idea de no participar en la Colecta de alimentos del día siguiente. Mientras pensaba en ello, era evidente que mi decisión no era razonable, es decir, no era verdadera hasta el fondo, no era totalmente yo misma. A la Colecta asistirían algunos compañeros míos y dos alumnas, pero, sobre todo, nunca me había quedado atrás por un simple resfriado. Era evidente que el problema no era ése. Pero la idea de no ir se había abierto paso en mí, y ni siquiera el precioso artículo de Giorgio Vittadini en *Avvenire* del 25 de noviembre, que me impresionó mucho, me hizo cambiar de idea. Hoy, leyendo la Escuela de comunidad, me he quedado de piedra ante esta frase: "El hombre, en efecto, afirma con su libertad lo que ya ha decidido de antemano desde un recóndito punto de partida. La libertad no se demuestra tanto en el momento llamativo de la elección; la libertad se pone en juego más bien en el primer y sutilísimo amanecer del impacto de la conciencia humana con el mundo". No es la primera vez que me sucede esto, es como si mi razón se quedara sin oxígeno, y no hubiera nada que la hiciera reaccionar. Hasta hoy, cuando me pasaba algo parecido, esperaba a que pasara el día, y luego seguía adelante (a veces esto me da un poco de miedo, porque deseo que mi vida deje de tener esos agujeros negros). Quería haberte escrito hace algunos días para contarte que poco a poco estoy comprendiendo que la realidad es positiva porque existe y te provoca en el bien y en el mal (puedo poner muchos ejemplos), pero hoy añadido: te provoca si tú te dejas provocar». Entonces, el hombre afirma con su libertad lo que ya ha decidido de antemano desde un recóndito punto de partida. Este es el drama que tenemos ante nosotros porque, como dice don Giussani en la página 177: «Si tú eres "moral", esto es, si estás en la actitud original con la que Dios te ha creado [quiere decir que todos, al haber sido creados por Dios, tenemos por defecto esta actitud original; no

es que digamos: "Pero, ¿y si no la tenemos?"; no, la tenemos todos, busquémonos otra excusa. Como ha dicho el Papa en Alemania: tenemos una naturaleza, y nuestra naturaleza es que hemos sido hechos con esta razón, con esta apertura al infinito, porque somos relación directa con el Misterio], en una actitud abierta a lo real, entonces entenderás». Percibimos cuándo tenemos esta actitud, pero ésta pasa a través de nuestra libertad. Si esta actitud resulta alterada, ¿quién la altera? Nosotros. Alterada, artificiosa, bloqueada por el prejuicio: entonces eres inmoral y no logras comprender. Se trata de algo decisivo, porque muchas veces no nos damos cuenta de que no comprendemos ni podemos comprender no porque falten los signos, no porque falten los datos (lo veremos la próxima Escuela), sino porque falta esa apertura, falta esa humanidad de la que habla Giussani en este capítulo: ser íntegramente humanos es tener una actitud de apertura, y sólo a alguien que tiene esta apertura se le puede desvelar el significado de la realidad. Por eso es tan decisiva nuestra educación en la libertad, que es el tema del próximo capítulo. Sin educarnos en esta libertad, es decir, en esta lealtad con la actitud original con la que hemos sido hechos, no llegamos a comprender.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles **14 de diciembre** a las 21.30 horas. Retomaremos el capítulo decimotercero de *El sentido religioso*: «Educación para la libertad». Tratemos de identificar por los indicios que nos da don Giussani, qué debemos educar en nosotros, qué nos falta, y no para llegar a un juicio negativo, para fustigarnos, para hacer un examen de conciencia, sino para identificar aquello sobre lo que debemos trabajar para poder comprender, para no quedarnos bloqueados en la realidad; y para identificar en qué debo insistir y a qué debo estar atento para aprender esta mirada que desearía tener en la relación con la realidad.

Ante el Consejo Pontificio para los Laicos, el Papa ha pronunciado un discurso que nos ha provocado por lo correspondiente que es con el camino que estamos haciendo. Además de acoger nosotros esta provocación, creemos que puede ser una ocasión para todos. Mirad lo que dice. «Me parece particularmente importante haber querido afrontar este año, en la asamblea plenaria, el tema de Dios [es decir, el sentido religioso]: "La cuestión de Dios hoy". Nunca deberíamos cansarnos de volver a proponer esa pregunta, de "recomenzar desde Dios", para devolver al hombre la totalidad de sus dimensiones, su plena dignidad [esta es la finalidad, no ser más piadosos]. De hecho, una mentalidad que se ha ido difundiendo en nuestro tiempo, renunciando a cualquier referencia a lo trascendente, se ha mostrado incapaz de comprender y preservar lo humano [es decir, de mantener lo humano en su dignidad, sin que desaparezca]. La difusión de esta mentalidad ha generado la crisis que vivimos hoy, que es crisis de significado y de valores, antes que crisis económica y social. El hombre que busca vivir sólo de forma positivista, en lo calculable y en lo mensurable, al final queda sofocado [¿os resulta familiar esto?]. En este marco, la cuestión de Dios es, en cierto sentido, "la cuestión de las cuestiones" [lo hemos visto esta noche, es la cuestión de las cuestiones para vivir lo cotidiano]. Nos remite a las preguntas fundamentales del hombre, a las aspiraciones a la verdad, la felicidad y a la libertad ínsitas en su corazón, que tienden a realizarse. El hombre que despierta en sí mismo la pregunta sobre Dios se abre a la esperanza, a una

esperanza fiable, por la que vale la pena afrontar el cansancio del camino en el presente (cf. *Spe salvi*, 1).

Pero, ¿cómo despertar la pregunta sobre Dios, para que sea la cuestión fundamental? Queridos amigos, si es verdad que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona" (*Deus caritas est*, 1), la cuestión sobre Dios [es decir, el sentido religioso] se despierta en el encuentro con quien tiene el don de la fe, con quien tiene una relación vital con el Señor. A Dios se lo conoce a través de hombres y mujeres que lo conocen: el camino hacia él pasa, de modo concreto, a través de quien ya lo ha encontrado. Aquí es particularmente importante vuestro papel de fieles laicos. [...] Estáis llamados a dar un testimonio transparente de la importancia de la cuestión de Dios en todos los campos del pensamiento y de la acción. En la familia, en el trabajo, así como en la política y en la economía, el hombre contemporáneo necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que con Dios o sin Dios todo cambia.

Pero el desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente [es decir, cerrada al sentido religioso] obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido a la centralidad de Dios. A veces nos hemos esforzado para que la presencia de los cristianos en el ámbito social, en la política o en la economía resultara más incisiva, y tal vez no nos hemos preocupado igualmente por la solidez de su fe [porque, en caso contrario, no abrimos la boca, nos volvemos como todos], como si fuera un dato adquirido para siempre. En realidad, los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo. Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. ¡Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida. La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el Bautismo, que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra, pueda realmente transformarnos». Como vemos, se trata de una confirmación del alcance del camino que estamos haciendo. Por eso hemos preparado un manifiesto con estas palabras del Papa: en primer lugar para nosotros mismos, y luego para difundirlo entre todos.

En el próximo número de *Huellas* se publicará, como Página Uno, la asamblea celebrada con los universitarios de Ciencias en Milán después de la muerte de nuestro amigo Bizzo, porque nos parece un testimonio útil de la verificación del camino que estamos haciendo: si podemos decir ante la muerte que la realidad es positiva, lo podemos decir en cualquier sitio y ante cualquier circunstancia. En este número encontraréis también otros artículos interesantes, como el que he leído sobre la crisis.

El **libro del mes** para diciembre y enero es *Una certezza per l'esistenza*.

El libro reúne algunos de los encuentros más importantes del Meeting de Rimini de este año. Lo proponemos para que el valor de todo lo que ha sucedido este verano en el Meeting no se quede en la provocación del momento, sino que pueda ser retomado por nosotros para alcanzar una conciencia mayor, y podamos ofrecerlo también a otros.

Veni Sancte Spiritus